

Alexandra Andrews

**¿QUIÉN ES MAUD DIXON?**

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

Título original: *Who is Maud Dixon?*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 by Alexandra Andrews Beha  
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2021  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-478-5  
Depósito legal: M. 16.709-2021  
Printed in Spain

*A Chris*



Embrutecido acaba el corazón  
Si nuestras fantasías lo alimentan.

W. B. YEATS

*El nido del estornino junto a mi ventana*



# Prefacio

---

*Semat, Marruecos*

—¿Madame Weelcock...? —Abrió de golpe el ojo izquierdo y una cálida luz amarilla le inundó la visión, presidida por una figura borrosa de blanco. Volvió a cerrarlo—. ¿Madame Weelcock...? —Se oía un pitido agudo. Esa vez se obligó a abrir ambos ojos. Estaba tumbada en una cama incómoda flanqueada por sendas cortinas sucias—. ¿Madame Weelcock...? —Giró la cabeza con rigidez. Sentado en una silla junto a la cama, inclinado hacia delante sobre sus muslos, la observaba con fijeza un hombre que vestía una suerte de uniforme militar. Su rostro era mofletudo, como el de un bebé de juguete. No sonreía—. Madame Weelcock... —dijo por cuarta vez.

—¿Helen...? —preguntó ella con la voz seca.

—Helen —contestó él, asintiendo con la cabeza—. ¿Sabe dónde está?

Ella miró alrededor.

—¿Hospital?

—Eso es. Se le fue la mano anoche.

—¿Se me fue?

—Se le fue muchísimo.

Ella soltó una risita involuntaria. El hombre frunció el ceño, visiblemente molesto. Entonces la cortina de su izquierda se abrió con un siseo. Se volvieron los dos. Se acercó una mujer con hiyab y chaqueta blancas. ¿Una enfermera? Se inclinó sobre la cama y sonrió cariñosa. Dijo algo en otro idioma y le alisó la fina manta; luego se

dirigió en un tono más brusco al hombre sentado a su lado. El tipo se levantó, alzando las manos como para calmarla. Sonrió fríamente y retiró la cortina. Se fue.

La joven de la cama se volvió hacia la enfermera, que también se iba.

—Espere... —la llamó con voz ronca, pero no la oyó, o no quiso oírla.

Se quedó sola.

Clavó la mirada en el techo, salpicado de humedades. Intentó incorporarse, pero se lo impidió la escayola que llevaba en la muñeca izquierda. Fue entonces cuando notó que le dolía. Todo.

Se volvió de nuevo hacia la silla en la que se había sentado el hombre. La había llamado madame Weelcock. El dato parecía relevante, pero no era capaz de ubicarlo en un contexto lógico. Cerró los ojos otra vez.

Al poco (o, quizá, varias horas después), se abrió de nuevo la cortina. La enfermera había vuelto con un hombre distinto.

—Madame Wilcox —dijo—, me alegra encontrarla despierta. —Habla su idioma mejor que la mayoría de los nativos, separando perfectamente unas sílabas de otras—. Soy el doctor Tazi. Estaba de guardia cuando la ingresaron anoche con dos costillas fracturadas, una muñeca rota y hematomas en la cara y el torso. Me dijeron que había sufrido un accidente de tráfico. Vemos muchas lesiones de este tipo causadas por airbags. Tiene suerte de que no sean peores.

La enfermera, que parecía haber estado esperando su momento, le ofreció un vasito de plástico y una pastilla blanca del tamaño de una muela.

—Hidrocodona, para el dolor —dijo el médico—. Pasaré a visitarla esta tarde, pero no veo motivo para retenerla aquí más allá de mañana. Hasta entonces, debe descansar, madame Wilcox.

Salió de la habitación y la enfermera le fue detrás como un velo.

«Madame Wilcox —se dijo ella por lo bajo—. Helen.»

Después se retiró la luz y vino el sueño.



# Primera parte



Dos mujeres jóvenes subían unas escaleras estrechas hacia el lugar del que procedían las risas y la música. Florence Darrow, que iba delante, arrastraba la mano por la pared de color rojo sangre.

—¡Qué absurdo, hacer una fiesta editorial aquí! —dijo.

Ambas eran asistentes editoriales en Forrester Books y esa noche era la fiesta navideña de la empresa, celebrada todos los años en la segunda planta de un tugurio llamado The Library y cuyo tema era el relumbrón literario.

—Es como si montaran una cumbre de la ONU en el Epcot de Disney World.

—Ya te digo —coincidió con voz queda Lucy Gund, que llevaba la falda del vestido enroscada a medio muslo porque le había ido trepando por los pantis en la subida.

Llegaron al final de la escalera y pasaron a echar un vistazo. La fiesta había empezado hacía solo media hora, pero de la multitud emanaba ya un alboroto que quedaba suspendido sobre ella como una boina de esmog. Casi un centenar de personas (algunas trabajaban con ellas; muchas otras no) se apelonaban en grupos bien prietos. Aunque Florence no había querido llegar demasiado pronto, se arrepintió de no haber ido antes para poder apalancarse en un rinconcito. Exploraron la estancia en busca de caras conocidas y accesibles. No encontraron ninguna.

—¿Una copa primero? —propuso Florence y Lucy asintió con la cabeza.

Habían entrado en Forrester a la vez, hacía casi dos años, y Lucy le había otorgado de inmediato su lealtad incondicional.

En teoría, era justo la clase de amiga que Florence había esperado hacer en Nueva York. Se había criado en Amherst, en cuya universidad daban clases de Lengua Inglesa sus progenitores. Su padre había escrito la biografía definitiva de Nathaniel Hawthorne. Nada más mudarse a la ciudad, Florence había pasado su primer Día de Acción de Gracias con ellos y le había encantado descubrir que aquel case-rón repleto de libros se encontraba a un paso del de Emily Dickinson. Era uno de esos paraísos intelectuales en los que ella habría querido crecer, muy distinto del cuchitril de su madre en Port Orange.

En la práctica, en cambio, Lucy carecía de la sólida sofisticación que, a juicio de Florence, debía derivarse de una infancia así. Era tan increíblemente tímida que a veces sospechaba que su madre debía de haberle dicho que con que hiciera una buena amiga en Nueva York era más que suficiente. Florence había sido la primera persona a la que Lucy había conocido en Forrester.

No habían llegado a integrarse en la vida social de la compañía, más que nada porque Lucy no lo había intentado siquiera y Florence no lo había conseguido. Como, además, Florence había dejado de relacionarse con sus amistades de Florida (entendía su pasado como una extremidad gangrenada que había que amputar por un bien mayor), Lucy era, a todos los efectos, su única amiga.

Culebreando entre la multitud, dejaron atrás una mesa alargada sembrada de uvas y quesos y se dirigieron a la imponente barra de caoba del fondo. Un barman con chaleco de satén negro sonrió por encima de sus cabezas. Por lo visto, no reunían los requisitos necesarios para ser objeto de su atención. Lucy estaba acostumbrada a que la ignoraran (de hecho, parecía preferirlo), pero Florence había tenido ya el éxito suficiente con los hombres como para lamentar que sus encantos pasaran inadvertidos.

No le faltaba atractivo, pero lo que más resaltaba de ella, sin excepción, era su palidez. Parecía haberse criado en un búnker, más que en la soleada Florida. Prueba de que había nacido en el lugar equivocado, solía decirse satisfecha. Su piel clara se sonrojaba con facilidad: ya fuera por rubor o por fervor, nunca le faltaba colorido, como si su creador se hubiera debatido entre la pureza y la perversión. A algunos hombres les fascinaba aquel efecto, pero a muchos otros les producía rechazo. Además, tenía unos ojos oscuros, casi negros, y unos rizos de rubio ceniza que le brotaban de la cabeza como a Medusa y que Florence no había logrado domar, a pesar de los cientos de dólares que su madre se había gastado en geles, aerosoles y gominas a lo largo de los años.

—¿Qué va a ser, señoritas? —preguntó el barman en un tono ensayado. La luz producía destellos en su pelo de punta y Florence se imaginó aplastándose con los dedos como si fuera un césped cubierto de escarcha.

—Creo que voy a probar el «Sistema decimal de Dewar's» —contestó Lucy, señalando el cartel donde se anunciaban los cócteles de la casa.

Florence pidió un vino tinto.

—Tengo *cabernet* o *pinot*.

—Cualquiera de los dos —contestó ella, con fingida despreocupación. No sabía nada de vinos.

Bebieron un sorbo cada una y fueron en busca de un grupo con fronteras franqueables. Vieron a otros asistentes arrimados a la mesa de la comida y se situaron en sus inmediaciones. Amanda Lincoln, una editora júnior, discutía aparatosamente con un joven alto y desgarbado de veintitantos que vestía un traje de pana marrón claro.

—¡Ni de coña, puto misógino! —espetó Amanda.

Gretchen, una asistente vivaracha que se sentaba en frente de Florence en la oficina, se volvió a explicarles:

—Fritz aseguro que sabe de buena tinta que Maud Dixon es un hombre.

—No —susurró Lucy, tapándose la boca con la mano.

Maud Dixon era el seudónimo de un autor cuyo debut literario, *Foxtrot de Misisipi*, había sido un bombazo hacía un par de años. Contaba la historia de dos adolescentes, Maud y Ruby, desesperadas por escapar de su minúscula población natal, Collyer Springs, en Misisipi, y cuyos planes se ven desbaratados cada dos por tres como consecuencia de su edad, su sexo, su pobreza y la absoluta indiferencia de sus familias. La cosa se complica cuando Maud asesina a un contratista que cruza el pueblo camino de un trabajo en Memphis y que comete el error de encapricharse de su amiga de dieciséis años, Ruby, y ponerse pesado. Al final el homicidio las libra de las garras de su pueblo: una acaba en la cárcel y la otra consigue una beca para la Ole Miss, la Universidad de Misisipi.

La crítica ya había comentado su prosa afilada y cruda, y la frescura de su perspectiva, que había llamado la atención del mundo literario, pero la novela no había despegado de verdad hasta que una famosa actriz de Hollywood la había elegido para su club de lectura. Ya fuera por clarividencia o por casualidad, *Foxtrot de Misisipi* había aparecido en el momento álgido del movimiento #MeToo y capturaba a la perfección la rabia brutal y justificada que tensaba el ambiente. Fuera lo que fuese lo ocurrido la noche en que la joven Maud Dixon había apuñalado a Frank Dillard, un tipejo innegablemente lascivo y amenazador, en la parte trasera del Driftwood Tavern, no se le podía reprochar.

Solo en Estados Unidos se habían vendido más de tres millones de ejemplares de la obra y se estaba rodando una miniserie. Paradójicamente, su autor, Maud Dixon, era un enigma. No concedía entrevistas ni hacía giras promocionales ni publicidad de ningún tipo. Ni siquiera había agradecimientos en la novela.

La editorial, una de las competidoras de Forrester, reconocía que Maud Dixon era un seudónimo y que el autor prefería permanecer en el anonimato. Como es lógico, aquello había desatado de inmediato una especulación desenfadada sobre su identidad. «¿Quién es

Maud Dixon?» era la pregunta que se hacía en multitud de artículos de revistas, foros de internet y almuerzos editoriales por toda la ciudad.

Se había localizado y descartado debidamente a las dos únicas personas que se llamaban así en todo el país: una vivía en una residencia de ancianos de Chicago y no recordaba ni el nombre de sus propios hijos; la otra era higienista dental, se había criado en un pueblo de clase media de Long Island y desde luego jamás había mostrado talento alguno para la escritura ni proclividad hacia ella.

Muchos daban por sentado que el relato era autobiográfico, por la coincidencia del nombre del autor y el del narrador. Unos cuantos detectives aficionados habían encontrado delitos que coincidían en parte con el de la novela, pero ninguno de ellos lo suficiente para considerarse una prueba irrefutable. Además, en el estado de Misisipi, los expedientes de los delincuentes juveniles se archivaban cuando cumplían la mayoría de edad. La localidad de Collyer Springs ni siquiera existía. La investigación se encallaba ahí.

Florence solía menospreciar las novelas que debían su éxito a giros dramáticos de la trama (el asesinato le parecía una ordinariez), pero *Foxtrot de Misisipi* la había dejado estupefacta: el asesinato no era una argucia técnica para darle morbo a la novela, sino su razón de ser. El lector percibía la premura del autor, el imperativo absoluto del asesino, incluso la satisfacción de hundir el cuchillo en su víctima. Aún recordaba de memoria el pasaje:

El cuchillo se clavó fácilmente, intruso afilado entre los pliegues cálidos y femeninos de las entrañas de Frank. Ella lo sacó y volvió a hincarlo. Esa vez topó con una costilla y se estremeció con violencia. Le resbaló la mano de la empuñadura y dio una palmada en la carne pálida y blanda. Su víctima tenía ya el vientre cubierto de sangre, que impregnaba el vello recio y oscuro como si fuera la cabeza de un recién nacido.

La voz de aquel narrador no se parecía a nada que Florence hubiera leído antes: era punzante y feroz, casi despiadada. En el fondo, le daba igual que Maud Dixon fuera hombre o mujer. Sabía que fuera quien fuera era un incomprendido, como ella.

—¿Por qué te pones así? —preguntó Fritz a Amanda—. No estoy diciendo que las mujeres no sepan escribir, joder, solo que ESTE AUTOR EN CONCRETO no es mujer.

Amanda se apretó el puente de la nariz e inspiró hondo.

—¿Que por qué me pongo así? Porque ESTE AUTOR EN CONCRETO ha sido el novelista más vendido del año Y está nominado al National Book Award. Pero, claro, solo puede ser un libro «importante» si lo ha escrito un hombre; si lo hubiera escrito una mujer, no sería más que una novelucha. No podéis comeros todas las puñeteras galletas y venir también a por nuestras miguitas, joder.

—En realidad —terció Florence—, aunque *Foxtrot de Misisipi* haya sido la novela más vendida del año, el autor más vendido ha sido James Patterson. —Se volvieron todos a mirarla—. Me parece —añadió, aun estando segura, y se odió instantáneamente por hacerlo.

—Gracias, Florence, ahí va otra miguita.

—Esto no tiene nada que ver con ese absurdo recuento personal que tú llevas, Amanda —dijo Fritz—. Tengo un contacto en Frost/Bollen, que casualmente es mujer, por cierto, y me ha jurado que Maud Dixon es hombre. PODRÍA ser mujer, por supuesto, pero da la casualidad de que no —añadió, encogiéndose de hombros a modo de disculpa. Frost/Bollen era la agencia literaria de Maud Dixon.

—Entonces, ¿quién es? —quiso saber Amanda—. ¿Cómo se llama?

Fritz vaciló.

—No lo sé. Mi amiga solo ha oído que hablaban de «él».

—¡Menuda chorrada! —exclamó Amanda, indignada—. No existe, literalmente, un hombre capaz de escribir una novela así. No hay un solo hombre sobre la faz de la tierra que pueda retratar a



las mujeres de forma tan convincente, por mucho que se convenza A SÍ MISMO.

—¿Henry James? —terció Florence como si quisiera castigarse por su cobardía de antes—. ¿E. M. Forster? ¿William Thackeray? —Siempre había sentido una afinidad especial con Becky Sharp.

Amanda se volvió a mirarla.

—¿En serio, Florence? ¿De verdad crees que *Foxtrot de Misisipi* lo ha podido escribir un hombre?

Florence se encogió de hombros.

—A lo mejor. No veo qué importancia tiene.

Amanda miró al techo y replicó sorprendida:

—No ve qué importancia tiene. —Se volvió hacia ella y le preguntó—: ¿Tú eres escritora, Florence?

—No —contestó la otra con un hilo de voz.

En realidad, nada le habría gustado más. ¿No era eso lo que querían todos? Seguro que todos y cada uno de ellos tenían alguna novela inacabada en un cajón. Pero uno no va por ahí llamándose escritor hasta que su obra sale del cajón.

—Entonces, igual te cuesta entender lo importante que es para una escritora tener referentes femeninos, predecesoras que se han negado antes que ellas a que sea un hombre quien narre sus interioridades. No necesito que ningún HOMBRE más me diga cómo SOMOS las mujeres, ¿vale? ¿Lo entiendes? —Florence medio encogió los hombros, medio asintió con la cabeza—. Pobre de la tierra que necesite héroes —añadió Amanda. Florence no dijo nada—. ¿Brecht? —la pinchó Amanda, enarcando las cejas.

Florence notó que se le encendía la cara e, instintivamente, dio la espalda al grupo para disimularlo. Apuró la bebida de un trago y volvió a la barra, donde, con una sonrisa forzada, le mostró al barman la copa vacía. Se inclinó sobre la madera y se descalzó por turnos los pies destrozados por los zapatos de tacón. Nunca le habían gustado las chicas tan desenvueltas como Amanda. Era como las que en el instituto la acogían bajo su protección una semana y la pa-

seaban como a un perro adoptado para terminar ignorándola después. Sabía que para ellas no era más que atrezo de sus actuaciones y que dejaba de serles útil en cuanto abandonaba el papel de protegida agradecida. Además, era una rutina muy absurda, y eso era lo que más la aburría. Amanda, que se había criado en el Upper West Side, lucía su feminismo como seguramente había lucido en su día su uniforme de colegio pijo: con naturalidad, sin darle la mayor importancia, pero con convicción.

Florence jamás había sido capaz de alcanzar el nivel de indignación que exigían los tiempos y su inmunidad al descontento general a menudo la excluía de..., bueno, de todo. Aquella indignación parecía ser el pegamento que mantenía unidos a todos los demás: parejas, amigos, el público objetivo de la mayoría de los conglomerados mediáticos... Hasta los jóvenes activistas ignoraban a Florence, como si intuyeran su solipsismo. No era mansa, claro que no, pero se reservaba su rabia para cuestiones más personales, aunque no supiera exactamente cuáles. Sus arranques de ira la sorprendían tanto como a cualquiera. Eran experiencias inusuales y perturbadoras que la debilitaban y la confundían, casi la atolondraban, como si su cuerpo hubiera salido disparado sin ella y acabara de darle alcance.

Una vez, en un curso universitario de escritura creativa, el profesor le destrozó uno de sus relatos delante de todos, tildándolo de insulso y poco original. Después de clase, ella le montó una defensa cada vez más exaltada de su trabajo y terminó atacándolo personalmente, acusándolo de ser un autor de segunda que no había publicado más que una colección insignificante de cuentos cortos. Al serenarse, descubrió que el profesor la miraba espantado. Apenas recordaba lo que había dicho.

Cuando por fin había conseguido que el barman viera su copa vacía, una voz la sobresaltó a su espalda:

—Estoy contigo.

Se giró. Era Simon Reed, director editorial de Forrester, un hombre alto y delgado de pelo lacio, rasgos delicados y tez algo pecosa.

Se le consideraba guapo en aquel ambiente, pero Florence imaginaba lo que habrían dicho de él en Port Orange, donde los rasgos delicados no se juzgaban precisamente atractivos en un hombre.

Florence se dio la vuelta.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que a quién cojones le importa quién es Maud Dixon. —Le babearon las palabras de la boca como una sopa. Estaba bebido, observó—. Eso no va a cambiar lo que ha escrito —prosiguió él—. O mejor dicho, igual sí para algunas personas, aunque no debería. Ezra Pound era fascista, pero aun así escribió algunas frases bonitas de la hostia.

—«La hormiga es centauro en su mundo de dragones» —espetó Florence.

—«Apead vuestra vanidad, os lo ruego» —terció Simon, asintiendo con la cabeza. Intercambiaron una sonrisa de complicidad. Florence vio que Amanda los miraba, pero disimuló al saberse descubierta. El barman plantó la nueva copa de vino en la barra. Cuando Florence la cogió, Simon brindó con ella y, acercándose aún más, añadió en voz baja—: ¡Por el anonimato!